



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9530

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 8 DE AGOSTO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

HERNIAS VULGO QUEBRADURAS

Curacion pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó crurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando solo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival ha llegado á esta ciudad, alojándose en el Hotel Francés, donde podrán consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde hasta el jueves próximo.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA
EN COMISION DE PRODUCTOS
INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vias férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de cautchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

LITERATURA EXTRANJERA.

SIEMPRE BELLA.

I.

En los bordes del Orge, antes de

por el lado contrario tenía á sus pies la corriente del río. En cuanto á la mujer, convinieron en que era una parienta, pero mercenaria.

Y cuando algún pintor, de regreso de una excursión á Belles Fontaines, manifiesta deseos de saber quien es el dueño de la solitaria casa en el parque sombrío, que hay junto á ella, le responden al momento:

—Un infeliz que ha perdido la razón.

II.

El 10 de Julio de 1884, día de insoponible calor, el vizconde de Montbrun salió á las nueve de la mañana de su hotel situado en la calle Varnet y bajó hacia los campos Eliseos.

Iba á ver un caballo cuya adquisición le propuso un mercader de la calle de la Pepinière. Los jardinos de aquel hermoso sitio estaban llenos de flores que aparecían sobre el musgo artísticamente graduadas en su colocación, como grandes rosetas de condecoraciones extranjeras. En el centro, los cuatro chorros de agua se elevaban á su mayor altura, mostrando los colores del arco iris entre una lluvia de polvo de diamante.

El vizconde de Montbrun era uno de esos parisienses que nunca salen de París.

«El mar—solía decir—ha sido hecho para los pescadores y los maríñeros.

Tiene, no hay duda, sus bellezas pero estas solo pueden ser contempladas durante una hora cada día, porque cuando baja la marea queda al descubierto un fango pestilente al lado del cual las cloacas de una población son frascos de agua de Colonia.

En la campiña, propiamente dicha, se siente el mismo calor que en París con la diferencia de que allí se aburre uno por las noches y no sabe que hacer.

Si se dejan abiertas las ventanas entra en la habitación una plaga de mosquitos y si se cierran es aquello

cien veces peor que la rue Royale y la Chausse d'Autin donde puede uno estar fumando desde las dos de la madrugada en adelante, á la luz de la luna, con mucha tranquilidad y sin temor de ser incomodado por un monstruo de alas diminutas ó abofetado por un murciélago.»

A pesar de estas ideas el vizconde se acordó aquella mañana del campo al observar que escaseaban los transeuntes y que era infinito el número de carruajes que desembocaban, cargados con maletas de la Avenida d'Autin, de la calle Ponthien, de la del Circo...

La contemplación de los preparativos de la inmediata fiesta del 14 de Julio le oprimió el corazón.

Sentía una invencible impulsión hacia la política y hacia los políticos, llamáranse estos imperialistas ó republicanos. Además, el verdadero parisiense es enemigo de las fiestas públicas, de todo lo que turba su reposo y cambia forzosamente sus costumbres.

—¿Donde me refugiaré durante tres días?—pensó Mr. de Montbrun, viendo por todos lados mastiles, gallardetes y banderolas.

El año anterior estuvo en Saint Germain pero habían hecho al tanto ruido y disparado tantos cohetes, que se arrepintió de haberse ido de París.

Acordóse entonces el vizconde de que se había prometido á sí mismo ir á pasar unos días á Bretaña antes de que el azadón destructor acabase de transformar aquel viejo rincón del país en una sucursal de Vaugirard.

Deseaba ver Vitré, Fourgeres, estar un día en Saint Malo y volver.

El tiempo necesario para no fastidiarse contemplando las iluminaciones.

Puesto que los provincianos invaden á París en épocas de grandes fiestas, lógico y justo es que los parisienses les cedan el sitio.

Al siguiente día Mr. de Montbrun llegó á Vitré.

Era un sábado por la noche.

Nadie ignora que en provincias, cuando quiere uno conocer el grado de belleza que alcanzan las mujeres es de rigor colocarse el domingo por la mañana junto á la puerta de la iglesia.

Por eso el vizconde ocupó su puesto de observación poco después de las ocho á la entrada de la basílica de Saint Martín.

Al salir de París, había echado al correo una carta dirigida á mademoiselle Paula Salimberí, bailarina del teatro del Eden, soberbia joven de ojos negros y soberbios también, que había debutado en Nápoles y que despues de pasar una temporada en el teatro italiano de Niza, vino á enseñar á los parisienses sus formas esculturales y sus innumerables gracias.

Montbrun tenía entonces 28 años y era un hombre simpático, duche en cuestiones de amor, acostumbrado á la vida de bastidores y sin más ocupación que la de gastar alegremente sus 60.000 francos de renta.

Presentóse á la bailarina y fue el agraciado.

Cuadros encantadores los de los seis primeros meses; escenas de amor, protestas de eterna fidelidad, paseos por el Bosque; excursiones matinales y alegres escenas...

Versailles, Ville de Avray y Baugival vieron pasar muy frecuentemente á la bella amazona y á Montbrun galopando á su lado.

Paula Salimberí no tenía más que un defecto: era celosa hasta la exageración.

Otelo, junto á ella hubiera sido un Jorge Daudin.

Si á Montbrun, en el teatro, se le antojaba mirar á una mujer, Paula le arrebatava los gemelos y provocaba inmediatamente una cuestión.

Un día en que el vizconde se detuvo breves momentos á saludar á la esposa de un amigo ayo, la bailarina sufrió un fuerte ataque nervioso.